

## **Discurso de cambio de mando CED 2017-2018**

Sr. Decano Davor Harasic Yaksic, Sr. Presidente de la Asociación de Funcionarios Jaime Labra Todorovich, Presidente saliente del Centro de Estudiantes de Derecho, Pedro Saavedra Fuentes. Autoridades presentes, académicos y académicas. Funcionarios y funcionarias, compañeros y compañeras.

Resulta paradójico tener este cambio de mando después de dos meses de ser electos por nuestros compañeros y compañeras, y con una toma de un mes encima. Es que el nivel de intensidad que ha tenido este tiempo luego de haber sumido ha sido impresionante. Pero cómo no va a ser así, si es que no tan sólo nuestros compañeros y compañeras exigen un Centro de Estudiantes que sea altamente activo en las coyunturas académicas y políticas que vive nuestra Escuela, sino que también el país necesita de estudiantes de Derecho comprometidos intensamente con sus necesidades y desafíos. Es por eso que ante esta responsabilidad histórica que tenemos como estudiantes de la Universidad de Chile, debemos pensar y repensar constantemente, cómo las metas y objetivos que nos hemos ido trazando como actores políticos se han ido cumpliendo.

Para entender dicho fenómeno, un análisis que sólo incluyera a la Facultad, o incluso, sólo a la Universidad de Chile, sería bastante miope. Por lo que hemos venido luchando los y las estudiantes desde el comienzo de este siglo nuevo, ha sido por un modelo de Universidad radicalmente distinto, y eso implica no mirar sólo hacia dentro de nuestra universidad, sino que sobre todo, analizar el modelo universitario en su conjunto.

Y es que aquí no caben dudas. Nuestro modelo universitario está en crisis y esta situación no da para más. Los presupuestos ideológicos bajo los cuales fue construido el sistema de educación superior chileno, impuesto por la dictadura y consolidado durante los gobiernos de la Concertación, han sido altamente cuestionados por el mundo social, lo

que ha permitido correr los límites de lo posible que fueran pensados en la política transicional. Es así como surge el proyecto de la Nueva Mayoría, al cual se sumó una parte importante de la izquierda que estuvo excluida del sistema político y que logró establecer como ejes centrales cambios al modelo económico que fuera impuesto por la dictadura y profundizado en los gobiernos del arcoíris. Pero pareciera ser que esta crisis fuera mucho más allá del poder real que tuviera el gobierno de turno, por lo que al término este primer gobierno de la Nueva Mayoría, las expectativas generadas en el movimiento estudiantil parecieran no ser satisfechas.

Es que hoy si bien el problema universitario pasa por un tema presupuestario, evidentemente va mucho más allá de eso. La idea de universidad cultivada en el siglo XX pasa por un momento de tres crisis. En primer lugar, una crisis de hegemonía, resultante de lo que uno podría llamar funciones “tradicionales” de la Universidad que fueron esbozadas en el siglo XIX, y aquellas que fueron atribuidas en el siglo XX: por un lado, la producción de la alta cultura, el pensamiento crítico y los conocimientos ejemplares, científicos y humanistas, necesarios para la formación de las elites de las que se venía ocupando la universidad medieval europea. Por otro lado, la producción de patrones culturales medios y conocimientos instrumentales, útiles para la formación de una mano de obra calificada exigida por el desarrollo capitalista. La incapacidad de la universidad para desempeñar cabalmente estas funciones llevó al Estado y a los agentes económicos a buscar fuera de la Universidad medios alternativos para lograr estos objetivos. Es así como, al dejar de ser la única institución en el campo de la educación superior y en la producción de investigación, la universidad entró en una crisis de hegemonía.

La segunda crisis que tuvo la universidad fue una crisis de legitimidad, provocada por la contradicción entre la jerarquización de los saberes especializados, a través de las restricciones al acceso y la certificación de las competencias, por un lado, y por las exigencias

sociales y políticas de la democratización de la universidad y la reivindicación de la igualdad de oportunidades para los hijos de las clases populares, por la cual los y las estudiantes hemos luchado más de un siglo.

Finalmente, la tercera fue la crisis institucional, resultado de la contradicción entre la reivindicación de la autonomía en la definición de valores y principios de la Universidad, y la presión creciente para someterla a criterios de eficiencia y productividad de naturaleza empresarial o responsabilidad social. En esta crisis me quiero detener. Esta crisis, por lejos, ha sido el eslabón más débil de la universidad pública, porque la autonomía científica y pedagógica de la universidad tendrá que depender financieramente del Estado. Esta dependencia no fue problemática mientras que la universidad y sus servicios fueran entendidos inequívocamente como un bien público que correspondía al Estado asegurar. Pero precisamente lo que sucedió con la universidad pública durante la dictadura es que el Estado decidió reducir su compromiso político con las universidades y con la educación en general, convirtiendo a esta en más que un bien público, en una mercancía que se puede transar y en donde quien tiene la posibilidad de entrar, como en cualquier mercado, es el que puede pagar por ella. De esta forma, la autonomía de la universidad se vio reducida hasta un punto máximo, con ejemplos paradigmáticos como el de la Universidad de Chile, en donde incluso se expulsó a profesores por adherir a determinadas ideologías. Se eliminó la producción y divulgación del pensamiento libre y crítico y se puso a la universidad al servicio de proyectos modernizantes autoritarios, abriendo al sector privado la producción del bien público de la universidad y obligando a la universidad pública a competir en condiciones desleales en el emergente mercado de los servicios universitarios.

La crisis financiera a la cual se vio expuesta la universidad pública trajo como consecuencia a la vez, la pérdida de prioridad de la universidad estatal en la políticas públicas del Estado, lo que a su vez

fue resultado de la pérdida general de prioridad del Estado por las políticas sociales (educación, salud, seguridad social), inducido por supuesto por el modelo de desarrollo económico de globalización neoliberal. De esta manera, las debilidades institucionales de la universidad pública en vez de servir para un amplio programa político pedagógico, fueron declaradas insuperables y utilizadas para justificar la apertura generalizada del bien público universitario para la explotación comercial. La opción, por tanto, fue la mercantilización de la universidad, el cual contiene dos fases: en primer lugar, el momento donde se consolida el mercado nacional universitario, el cual podemos identificar desde los años 80 hasta mediados de los 2000. La segunda, al lado del mercado nacional, emerge con gran fuerza el mercado transnacional de la educación superior y universitaria, el que a partir del final de la década anterior y principios de esta, es transformado en solución global por parte del Banco Mundial y de la Organización Mundial del Comercio. Es decir, se pone en curso la globalización neoliberal de la Universidad.

En fin, los dos procesos que marcan la educación superior pública, a saber, la disminución de la inversión del Estado en la universidad pública y la globalización mercantil de la universidad, son dos caras de la misma moneda. Son los dos pilares de un amplio proyecto global de política universitaria, destinado a transformar profundamente el modo como el bien público de la universidad se convirtió en un amplio campo de valorización del capitalismo educativo. Este proyecto, incluye a su vez dos niveles y formas de mercantilización de la universidad. El primer nivel de mercantilización consiste en inducir a la universidad pública a sobreponerse a la crisis financiera mediante la generación de ingresos propios, especialmente a través de alianzas con el capital, sobre todo industrial. En este nivel, la universidad pública mantiene su autonomía y su especificidad institucional, privatizando parte de los servicios que presta. Es así como hemos visto que en Facultades como la de Ciencias Físicas y Matemáticas o la de Economía y Negocios de nuestra Universidad,

gran parte de los servicios que son prestados para la generación de ingresos se dirigen hacia aquellos sectores más rentables en el mercado. Recientemente en la Facultad se acaba de aprobar una política de ingresos propios, la cual pareciera ir en la misma dirección. El segundo nivel consiste en eliminar paulatinamente la distinción entre universidad pública y privada, transformando la universidad en su conjunto, en una empresa, una entidad que no produce solamente para el mercado sino que produce en sí misma como un mercado, como mercado de gestión universitaria, de planes de estudio, de diplomas, de formación y evaluación de docentes y estudiantes.

Ante este proceso que puede sonar desesperanzador, los y las estudiantes tenemos un tremendo desafío. Aquella universidad democrática, feminista y pluricultural que hemos soñado, la cual se desarrolla en un sistema de colaboración de la universidades del Estado que no depende de criterios del mercado sino de un financiamiento basal, será sólo un sueño si es que no reflexionamos profundamente sobre el qué hacer para los próximos años. Y es ahí donde tenemos la pregunta fundamental. Estamos ante un escenario adverso, de incertidumbre. Pero de lo que no hay duda, es que el próximo año se abre un nuevo ciclo político para el movimiento estudiantil. Y para enfrentar ese nuevo ciclo político debemos aprender de los errores que hemos cometido desde el 2011 para no volver a repetirlos.

Recientemente nuestra Facultad ha tenido uno de los procesos de movilización más fructíferos que el estudiantado ha tenido en el último tiempo. El fundamento de aquella movilización, sin perjuicio de que como cualquier proceso de ese calibre fuera traumático y generara tensiones en la relación de estudiantes y profesores, tenía como base precisamente el carácter de la universidad pública. Es que la toma no sólo tenía que ver con si teníamos horario de almuerzo o si salíamos más tarde, sino que precisamente, sobre la forma en cómo se estaban tomando las decisiones y cuál era el carácter del proyecto modernizador que están impulsando las autoridades. El factor

determinante que hiciera necesario implementar 9 puntos de 11 de nuestro petitorio, fue precisamente la unión material que logramos entre los y las estudiantes. Y eso es lo que debemos aprender para el futuro. Evidentemente tendremos diferencias. Pero la unidad ya no sólo pasa por la idea romántica de unidad de la izquierda que se hizo tan presente en el siglo XX, sino que pasa precisamente porque la unidad de las izquierdas del siglo XXI, tanto de las corrientes tradicionales como de las emergentes, son un presupuesto necesario para el cumplimiento de los objetivos que nos proponemos.

Así también, si bien podemos ser críticos de los pocos resultados efectivos que tuvo la toma del 2009, también debemos sacar lecciones de aquella. Ese proceso de movilización nos enseñó que los grandes procesos, si quieren ser influyentes, necesitan no sólo de la unidad de los estudiantes, sino que también de la unidad con los y las académicos y funcionarios. Porque aquí no se trata de que los y las estudiantes seamos la vanguardia que cambie el mundo, sino que necesitamos comunidades universitarias que hagan posible la construcción de instituciones de educación superior que se contraponen al proyecto modernizador neoliberal y que generan y reproducen conocimiento al servicio de las necesidades de Chile y su pueblo.

Por último, los y las estudiantes también tenemos una labor que cumplir respecto al estudio. Nuestro país requiere que estudiemos más. Pero no sólo para ser buenos profesionales, sino que también la política universitaria requiere que estudiemos más. En el último tiempo hemos visto como muchas veces nuestras luchas se fundamentan sólo a partir de consignas vacías. Si hoy tenemos una despolitización tan fuerte en nuestra política es precisamente porque la política universitaria se ha prestado para la acumulación política de nuestros colectivos y partidos, y no para la construcción de nuevas ideas que sean herramientas para la generación de una política que se contraponga al neoliberalismo en nuestra Universidad. Por eso se hace

relevante el lema que tomáramos en nuestra campaña: “pasar de la denuncia estéril a la propuesta concreta”.

Ahí es también cuando la militancia toma sentido. La política en la Universidad no se trata sólo de lo que los y las estudiantes pensemos de manera gremial, sino que precisamente, de qué manera como personas en formación somos capaces de pensar una manera de hacer las cosas distintas. Ese es precisamente el rol del estudiante, ser críticos con nuestro modelo pero no sólo para quedarse en la crítica, sino que para transformar la sociedad. Y esa transformación de la sociedad sólo será posible en la medida que a través de nuestras propias organizaciones seamos capaces de dar contenido y orientación política al quehacer de movimiento estudiantil, entendiendo que a diferencia como lo comprendiera la política tradicional del siglo XX, los movimientos se deben desarrollar con la debida autonomía para que no sean cooptados por las máquinas partidarias.

Por último, ante los desafíos que se vienen el próximo año, como por ejemplo el Plan de Desarrollo Institucional y la definición del modelo de Facultad de Derecho que queremos para el país, no queda más que agradecer.

Agradecer en primer lugar la labor que realizara el anterior Mesa Directiva del Centro de Estudiantes, que a pesar de que tengamos ciertas diferencias, reconocemos toda la abnegación y esfuerzo que significara levantar la organización estudiantil.

Así también, agradecer a los compañeros y compañeras que confiaron en esta opción para liderar el Centro de Estudiantes, a lo que esperamos estar a la altura y dotar de mayor rigurosidad en el desarrollo de la política. Por otro lado, también a nuestros compañeros y compañeras de militancia, tanto de la Juventud Socialista como de las Juventudes Comunistas, quienes son un pilar fundamental para poder entender que la acción el día a día no termina en uno mismo, sino que en las decisiones y acciones colectivas.

Cómo olvidar a nuestros familiares y amigos, quienes saben de primera fuente las renunciaciones que se deben hacer en la militancia. En particular a mi papá y mi mamá, quienes han tenido la paciencia de soportar mis preocupaciones y actividades durante estos años casi cinco años en la universidad.

Y por último, a Florencia, mi compañera. Nunca es fácil acompañar a alguien que participa en política, y su familia lo sabe de primera fuente. Quiero agradecer los esfuerzos y renunciaciones que ella realiza, porque cuando se está en política los sacrificios nunca los hace sólo quien participa en aquella. Gracias por todo el cariño durante este año y 9 meses, y espero que sea mucho tiempo más.

Gracias a todos por asistir en esta noche. Los desafíos que se nos vienen como comunidad son tremendos. ¡Empecemos ya!